

# LAS **P**UTAS Y EL **D**IABLO **m**ariano **n**ava

*Laiss' moi devenir  
l'ombre de ton ombre,  
l'ombre de ta main,  
l'ombre de ton chien...*

**Jacques Brel**



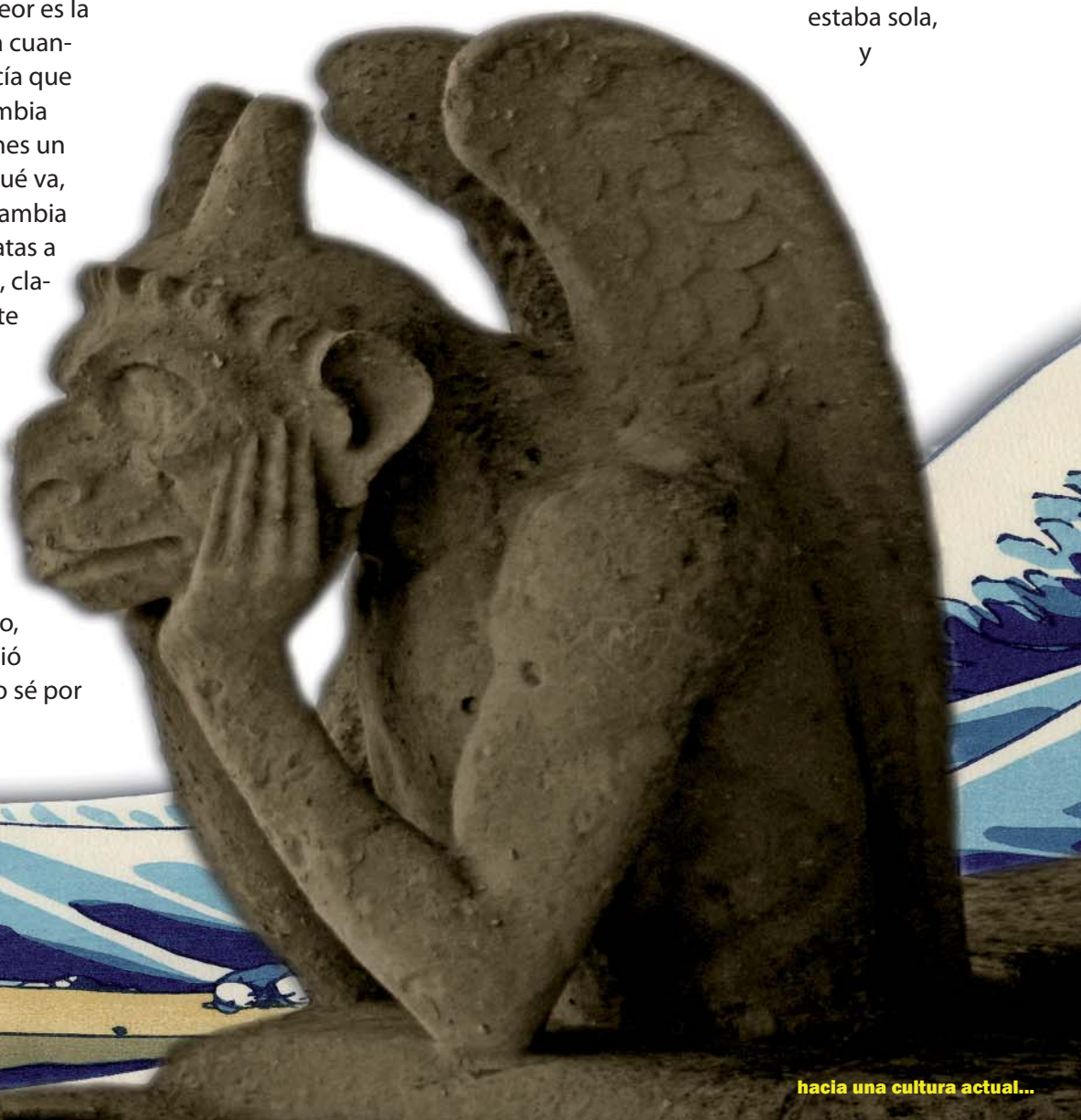
No podía soportarlo cuando se ponía nostálgico. Miraba tardes enteras por la ventana hasta que decía, saboreando el veneno que le salía de las anginas, «lo peor de todo es la traición». Era como un ritual. Era un viejo amargado. Mirando por horas la bahía. Como si quisiera ver lo que había más allá. Así lo encontraba cada vez que subía a visitarlo en la torre. «Buenas tardes, Generalísimo». No aceptaba otro trato. No contestaba. Se quedaba así tanto tiempo. Después volteaba y lo rumiaba, lo masticaba, lo saboreaba, se lo tragaba poco a poco: «lo peor es la traición». Se burlaba cuando alguien decía que

la vida te cambia cuando tienes un hijo. «No, qué va, la vida te cambia cuando matas a alguien... o, claro, cuando te matan». Y eso

me lo dijo cuando le conté tan contento que iba a tener a mi chiquillo, y él a su vez me contó la primera vez que había matado a alguien, por allá por el sitio de Pensacola. ¿Y dónde mierda queda eso, Generalísimo? Se rió y siguió mirando por la ventana. No sé por

qué seguía yendo a verlo. Será por lo que contaba, por lo que decía, se lo inventara o no, o por lo que pagaba. A veces se alegraba cuando el vino se le subía a la cabeza, y hasta se ponía simpático, y cuando hablaba de poetas griegos, pero yo, honestamente, más bien prefería beber para verlo contento. Cuando llegó a San Fernando en el invierno de 1814 ya yo llevaba varios años en el oficio de llevarle putas a los presos. Les conseguía también algo de brandy, un poco de Fino o de Jerez y se me pagaba

bien si el hombre tenía, pero nunca había visto algo como esta especie de noble indiano, general de tantos y de ningún ejército, que a veces recitaba en francés o en ruso y que aún soñaba con escapar a sus años para continuar la lucha. Él sí que tenía dinero y sin duda, más que amargado, estaba loco. Me contó que ya desde Caracas le parecía haberlo visto, vamos, que lo había sentido. Que le había sido familiar haber caminado en la madrugada por las calles oscuras y haber sentido una compañía, siendo que la calle estaba sola,  
y





que la sombra lo seguía hasta su puerta y luego desaparecía. Que una vez en Londres, leyendo alguna página de Marco Aurelio, se habían apagado las lámparas y se habían cerrado las ventanas sin un ápice de brisa ni haber temblado la tierra. Eso mismo me dijo que le había ocurrido muchas veces en París, por aquellos años en que se paseó por todas las cárceles de la Revolución: la Conserjería, La Force, Les Magdelonettes («¡bicho Mandinga!»), pero que la primera vez que lo había visto fue cuando se lanzó al agua en Pensacola con las balas silbándole en la nuca. Entonces un pez negro, como un delfín, se le acercó y lo guió por el agua turbia y profunda hasta los mangles, mientras que las babas y los lagartos se apartaban sin hacerle daño. Que el pez lo llevó hasta una playa apartada y después se perdió entre las olas, que allí estuvo él varios días hasta que se recuperó y pudo escapar, y que nunca le faltó alguna fruta ni un coco caído mientras sus compañeros juraban que había muerto. Otra vez me contó lo que le había pasado la vez que iban a matarlo para quitarle el dinero. Había sido en Rodas, por los días en que se había aventurado a recorrer la Grecia solo, sólo con sus libros y su dinero. Era de madrugada. Había salido en busca de mujeres. Bajaba por la *odós Omíru*, oscura y repleta de tabernas y marineros penderos, cuando sintió unas manos que lo agarraban por los hombros y le impedían avanzar. Entonces, antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, tres hombres salieron de las sombras, soltaron sus navajas y corrieron espantados. Un escalofrío le bajó por la espalda, pero al llegarle a los riñones ya las manos lo habían soltado. Todo había ocurrido demasiado rápido. Volteó para agradecer pero ya no había nadie. Contaba que algo parecido le había pasado en Argel, cuando la toma. Que nunca pudo hablar con él, y se reprochaba de ello porque había tenido la oportunidad. Había sido en París, otra vez en París, una noche que, para no variar, venía de putas. Eso me lo contó el mismo día que me contó sus planes de escapar. Habíamos brindado con buen Jerez y él se entusiasmó soltando la lengua quizás demasiado. La damisela en cuestión vivía en el Marais, un barrio de edificios pequeños y patios estrechos, lleno de tabernas y burdeles, que al General placía especialmente. Allí había todo lo que más le gustaba, viejas librerías, mujeres hermosas y baratas y tabernas para conspirar. Hacía calor a pesar de la noche y decidió bajar hasta el río para refrescarse con la brisa. Anduvo la rue de Rivoli en dirección a la Bastilla y torció a la derecha al pasar la iglesia de Saint Paul. Caminó sintiendo la familiar sensación y allí, donde se corta la calle con el río, se acodó en el malecón a mirar el agua torva y oscura. Entonces vio cómo el río comenzaba a revolverse y la voz ronca y seductora salía de todas partes, de las piedras, del río, de la noche, «*Bon soir, Monsieur...*». El general (no podía disimular la vergüenza al contarlo) no tuvo otro impulso que el de comenzar a caminar sin



voltear atrás, mientras la voz insistía, ¡«*Monsieur, monsieur le Général!*», y el paso que se le iba apurando para convertirse en una carrera dislocada que terminó de madrugada por allá por la Puerta de Orleans (ahora se reía sin contención, haciendo burla de sí mismo: «¡Imagínese usted: yo hablando con el diablo, y en francés!»).

La última vez que lo sintió fue durante el arresto de La Guaira, donde se consumó la traición que él tantas y tantas veces me contó de manera obsesivamente igual, con las mismas palabras, con los mismos gestos, como si nada en el mundo fuera capaz de alterar la geométrica huella del maldito recuerdo. Había decidido salir a enfrentarlos aun sabiendo que lo prenderían, total, lo habían traicionado tantas veces («¡*Bochinche, bochinche!*»). Justo al cruzar la puerta sintió las oscuras manos, igual que en Rodas, sujetándolo por los hombros. Sin embargo, esta vez se soltó y fue la única vez que se atrevió a hablarle («¡*Déjame!*»). Fue como si hubiera roto el conjuro y con ello se hubiera ganado la perdición. Nunca más volvió a verlo. «A las que sí no he podido dejar de ver es a mis putas», me dijo una noche entre risas, cuando la dosis de brandy ya le había encendido las mejillas.

El día que me dijeron que había muerto no sentí pena, sino más bien alivio. Alivio por él y por mí, que no sólo él había descansado. Sabía que estaba enfermo, pero pensé que se recuperaría: había vuelto tantas veces de la muerte. Le tenía guardadas dos garrafas de Fino que me fui bebiendo en los meses sucesivos para recordarlo. No creo ya que en el infierno pueda irse de putas, pero supongo que a estas alturas debe haber hablado por fin con el diablo, al menos para agradecerle lo que le debe.

